

"Día de Europa"

LA OPERACION "EUROPA". ESPAÑA, CONSTANTE EUROPEA (*)

Por ALVARO SANTAMARIA

Catedrático del Instituto N. "Ramón Llull", de Palma de Mallorca.

EN la jornada conmemorativa del "Día de Europa", voy a abordar el viejo, importante y entrañable tema de Europa.

Viejo, porque la aurora de la cultura, el despertar de nuestra civilización, se produce en sus linderos orientales, a la vera de este radiante Mar Mediterráneo, que es nuestro luminoso mar.

Importante, porque durante cientos de años, por lo menos desde los comienzos de la Era Cristiana, nuestra Era, Europa, la vieja Europa, ha sido algo así como el corazón, como el centro motor del Mundo.

Entrañable, para nosotros españoles, porque estamos inmersos en Europa, porque somos europeos y, además, porque hubo un tiempo, durante nuestras horas de plenitud, en que la historia de España fue algo así como la historia de Europa.

Voy a tratar el tema de Europa a lo claro, apasionadamente, al margen de retóricas trasnochadas y de manoseados tópicos; apasionadamente, porque Europa, en sí, es tema vivo y apasionante; que no debe ser tratado con fría asepsia de laboratorio, aunque sí con obligada objetividad y, sobre todo, con rigor conceptual; pues sin objetividad ni rigor conceptual no hay historia, y lo que ahora, en esta jornada conmemorativa, me propongo formular es un objetivo y riguroso memorando histórico.

EL DECLIVE DE EUROPA Sabemos que Europa, en sólo medio siglo, desde una orgullosa y fulgurante posición de predominio mundial, se ha precipitado como los "Stukas", en picado, a otra que la situó al borde de la desintegración. Así, en el breve transcurso de un par de generaciones, Europa ha pasado de sol a satélite, del todo a la nada, del casi infinito al casi cero, en un experiencia históricamente insólita.

Durante siglos, en puridad, la Historia de Europa ha sido la Historia del Mundo, sobre todo para nosotros los occidentales. De Europa salieron descubridores y misioneros para convertir, colonizar y desarrollar las Américas, la India, el Extremo Oriente y los espacios inmensos del Pacífico, la misteriosa Africa y los contornos helados del Artico y del Antártico. La paz y la guerra, en el Mundo, venía dictándola Europa, de la que, a lo largo de dos milenios, cual es notorio, han emanado las creaciones más excelsas del espíritu y del pensamiento.

(*) Conferencia pronunciada en el Salón de Sesiones del Ayuntamiento de Palma de Mallorca, con asistencia de las autoridades provinciales, para conmemorar el "Día de Europa", 1967.

Durante siglos, en el campo de la cultura, Europa venía siendo como una antorcha, como un rutilante faro; y en el campo de la política venía ejerciendo, durante siglos, un caudillaje indiscutible y, desde luego, indiscutido.

Nada al filo del año 1900, cuando el siglo de las luces moría, presagiaba las dramáticas circunstancias que Europa, al parecer tan segura de su prosperidad, tan confiada en su buena estrella, iba a afrontar casi de inmediato.

Me refiero, como ustedes ya han comprendido, a la experiencia inaudita de las dos últimas guerras mundiales. Experiencia inaudita, porque la Historia, que es memoria acumulada de generaciones, jamás con anterioridad había registrado la contingencia de dos guerras de aniquilamiento, en el breve transcurso de un cuarto de siglo.

Las gentes que, cuando el siglo, nuestro siglo XX, alboreaba, habían vivido las alegres, casi cascabeleras, desenfadas y brillantes horas de plenitud de Europa, en un mundo que la admiraba y respetaba sus leyes, asistieron, desconcertadas y atónitas, al espectáculo de cómo Europa, arrastrada de súbito por el genio del mal, llevada por sus demonios familiares, tras una guerra que, según estadísticas comprobadas, significó un legado de unos ocho millones de muertos, casi sin respiro, se precipitaba ciegamente, como alocada, como movida por un hado fatal, en otra contienda todavía más cruel e inmisericorde, que dejó tras sí la estela de veinte millones de muertos.

EUROPA, FUERA DE COMBATE En 1945, cuando el siglo casi mediaba, Europa, fuera de combate, sintióse abrumada por un alud de problemas que la situaron en el límite de la desesperanza. Buena parte del solar europeo, en aquellas confusas horas, era como un montón de humeantes ruinas. Apocalípticos bombardeos habían destrozado su red de comunicaciones y transportes. En ciertas regiones industriales, apenas quedaba piedra sobre piedra; y, algunas comarcas importantes, ofrecían la perspectiva alucinante de un paisaje lunar, casi sin rumor de vida. Todos los sectores de la compleja y poderosa estructura económica europea estaban como pulverizados tras el tremendo cataclismo.

Tal era el legado material de la guerra; mas aun resultando tan impresionante, fue más penoso el legado moral derivado de la contienda, dirimida con crueldad de guerra civil, pues la estela de amarguras, odios y resentimientos que sembró la guerra en las almas, fue más difícil de borrar (en muchos aspectos sigue fresca todavía), que los destrozos físicos ocasionados por la conflagración.

Estaba, a más y más, el legado político, porque Europa quedó fuera de combate precisamente cuando Rusia, la agresiva Rusia de Stalin, aprestábase, aprovechando la desmoralización existente, a pescar en río revuelto, pronta a realizar el sueño dorado del comunismo leninista: dominar en Europa, como trampolín para alcanzar después el control comunista del mundo.

Los Países Bálticos, naciones independientes y soberanas, anexionadas sin más, porque sí, a Rusia; y estados de tradición democrática como Polonia, Checoslovaquia, Yugoslavia, Rumania y Bulgaria, amén de media Alemania, acreditan a todos los vientos las prácticas avasalladoras empleadas, sin escrúpulos, por la Rusia stalinista, aprovechando la candidez y debilidad del mundo libre.

Ante un legado material, moral y político tan desastroso, buen número de europeos, deprimidos por la desalentadora circunstancia, paralizados por una torturante sensación de impotencia, creyeron, a pie juntillas, que la última hora había sonado para Europa. Y, acongojados por la angustia, ganados por el más

negro pesimismo, mientras algunos, los más jóvenes y emprendedores, escapaban a América en busca de horizontes más abiertos y de mejores oportunidades; otros, ya en el otoño de su vida, formulaban nostálgicamente opiniones transidas de desconsuelo que, en la desolada Europa, resonaban fúnebremente, como un réquiem: el réquiem por Europa.

EL SIGNO DE LA RECUPERACION En aquellas horas negras, sin embargo, otros europeos menos impresionables, más aplomados, abordaron los problemas de Europa con mayor serenidad y lucidez. "El declive de Europa —afirmaron bizarramente—, no se debe a la quiebra de su vigor material ni al agotamiento de sus resortes espirituales, sino a las divisiones existentes entre nosotros los europeos".

"Europa es débil porque está dividida. Hemos cavado la fosa de Europa, porque venimos comportándonos como una comunidad de vecinos mal avenidos, prontos a resolver nuestros problemas cotidianos, no por el diálogo, sino por la tremenda. En la carne atormentada de Europa se ha cumplido el viejo aforismo: Familia dividida, familia perdida".

Estos beneméritos europeos, en aquellas horas negras, formularon un programa esperanzador: "Lo que más urge —vinieron a decir— es promover entre las naciones de Europa sentimientos de auténtica hermandad, aventando las viejas rivalidades de la vieja Europa, para alumbrar otra Europa, que siendo sustancialmente la misma resulte distinta; otra Europa más joven, libre, fuerte y unida".

Gozosamente, podemos dar fe que en aquellas horas, horas de la verdad, la vieja Europa puso manos a la tarea con ímpetu juvenil y resultados tan fecundos que, en todos los órdenes, superaron las previsiones de los más optimistas. De este modo, la vieja Europa asombró al mundo promoviendo en su ser una recuperación tan honda y amplia que a los más pareció cosa de milagro: el bello milagro de una Europa regenerada, de una Europa rejuvenecida.

EL QUITE DE ESTADOS UNIDOS DE AMERICA Es de justicia asimismo proclamar que en aquellas horas tan turbias y amargas, cuando el destino de los europeos pendía a cara o cruz, Europa no estuvo sola ante el peligro. Contó con el amparo poderoso de los Estados Unidos de América que, al borde del caos, presurosos, le tendieron fraternalmente la mano.

Sin duda, la recuperación de Europa fue obra nuestra, de los europeos, que probamos con hechos, como hay que probar las cosas, nuestra voluntad de sobrevivir y, lo que es más importante, que merecíamos sobrevivir. Pero pienso que, acaso, sin la ayuda americana, que llegó a punto y en su punto, el comunismo, que hoy monta la guardia en el corazón de Europa, en la frontera entre las dos Alemanias, la montaría por ventura a nuestras puertas, en los riscos de los Pirineos.

Si hoy el planteamiento estratégico e ideológico de la cuestión es distinto, es porque hace ahora veinte años la Europa libre y los Estados Unidos, laborando codo a codo como leales camaradas, pusieron en marcha los instrumentos básicos de la recuperación: el Plan Marshall, que, con dólares americanos, contribuyó a financiar la reconstrucción económica europea; y la OTAN, Tratado militar del

Atlántico Norte, que promovió la recuperación política y, sin necesidad de nuevas guerras generales, obligó a entrar en razón a la Rusia de Stalin.

Cierto que, a veces, los americanos resultan un tanto desconcertantes, pero no es menos cierto, no es fácil ni cómoda, ni grata la postura de los Estados Unidos, obligados a actuar a contrapelo, como bomberos de la democracia, para sofocar con su sangre los incendios esporádicos que, a escala mundial, alienta el comunismo en los lugares que le son propicios.

Y quizá no esté de más recordar que también España, en los siglos XVI y XVII, en sus horas de hegemonía mundial, tuvo que encarar el rencor y la impopularidad (a la sazón nació nuestra Leyenda Negra), cuando con sacrificio y abnegación, en aras de ideales superiores, combatía a la desesperada para apagar con su sangre los incendios que turcos y protestantes promovían.

LA EJECUTORIA EUROPEA DE ESPAÑA De ello ya han pasado casi cuatro siglos. Ha llovido mucho desde entonces; y, sin embargo, ustedes saben que todavía hay europeos que consideran que Europa acaba en los Pirineos; es decir, que España no forma parte de Europa, sino de Africa, por aquello de que Africa comienza en los Pirineos. Los europeos de España apreciamos a Africa, nuestra vecina; pero de todas maneras no estará de más rogar a Dios que mejore la vista de los pocos europeos que todavía piensan así, ignorando que España ha probado su europeísmo con lo más noble de su ser: con su sangre, al punto que metafóricamente puede decirse que no queda palmo de tierra europea no regado con sangre española en el decurso de los siglos.

La apertura de España a los mensajes de Europa es una realidad meridiana, tan luminosa y clara como la luz del sol. La Península, tempranamente, vibró con ardores de neófito ante el mensaje de Cristo: "YO SOY EL CAMINO, LA VERDAD Y LA VIDA"; e hizo del Cristianismo pilar angular de la civilización europea, sustancia medular de la propia nacionalidad española.

La Península se entregó a la romanización con tan total entrega que, según prueban los anales de Roma, tres de los más punteros y calificados emperadores romanos, Trajano, Adriano y Teodosio, gloria del Imperio, en España nacieron y de España eran naturales.

Luego, cuando a comienzos del siglo VIII la avalancha musulmana se abatió sobre Europa, España cumplió como pudo y según Dios le dio a entender, su función de avanzadilla europea, de bastión y rompeolas del continente, evitando en condiciones muy comprometidas y de suma dificultad, que pusieron a prueba su vocación europeísta, que la marea Islámica se adentrara en el continente.

Por eso, los que interpretan la Reconquista como empresa periférica a Europa, exclusivamente peninsular, incurrir en error patente. De hecho, la reconquista fue, es cierto, empresa peninsular, pero al servicio de la comunidad europea y bajo el signo de la Cruz y de la idea de Europa. La reconquista hay que vincularla en el marco general de las Cruzadas europeas, que no finalizaron en el siglo XIII, cual suele afirmarse gratuitamente en los manuales de Historia, sino a últimos del XV, cuando los Reyes Católicos izaron su bandera, la bandera de España, en lo alto de la Alcazaba de Granada.

Aquel año, año de gracia de 1492, España inició una de las empresas más

extraordinarias de todos los tiempos: la empresa de América. Otra empresa española al servicio de Europa. Pues en América, España generosamente alumbró naciones e imagen y semejanza de Europa; que hablan en castellano, idioma europeo; que veneran a Cristo, esencia básica de lo europeo; y que piensan, dialogan y combaten a lo europeo, inscritas en el área de la cultura occidental.

Y mientras tan importante tarea, como progenitora de naciones, realiza en América, España, allá por los siglos XVI y XVII, actuando como brazo armado de la catolicidad, cual si fuere el pueblo de Dios, encaró bravamente los riesgos que, a su entender, amenazaban la unidad de Europa: la expansión del Protestantismo y el avance de los turcos.

Quizá lleven razón los que entienden que entonces España pensó demasiado en la catolicidad europea y se olvidó demasiado de sí misma; quizá estén en lo cierto los que opinan que España erró al oponerse a machamartillo a los protestantes; y que le habría sido más en cuenta promover una coexistencia con el protestantismo, en lugar de combatirlo.

Todo puede ser. Todo ello es potencialmente cuestionable. Lo único incuestionable, a mi juicio, es que tal postura intolerante la adoptó España desinteresadamente, quijotesca, como arriscado paladín de ideales europeos, en cuya defensa, en lucha titánica, que acabó siendo desigual, agotó sus caudales hasta el último maravedí; y sacrificó sus gentes, cuya sangre, en baño sin precedentes, prodigó en los campos de combate a lo largo y ancho de la entera Europa.

EL EUROPEISMO CONDICIONADO ESPAÑOL Pienso que en Europa y en Hispanoamérica, que el mundo llama Latinoamérica, hasta las piedras pueden dar fe de nuestro europeísmo. Aunque también pienso que nuestro europeísmo es un europeísmo condicionado: un europeísmo, digamos, a la española.

La frase "España es diferente" expresa una realidad categórica. España, esta es la verdad, jamás se ha identificado totalmente con ciertas corrientes de lo europeo. No es que las haya repudiado, sino que ha tratado de moldearlas a la española, a su aire.

En la Alta Edad Media, mientras en el occidente europeo arraigó el régimen feudal, en España desarrollóse un régimen señorial, ni mejor ni peor que el feudal, simplemente distinto.

Luego, en tanto en Europa se expandió el Renacimiento pagano, que pretendía cortar los puentes con lo medieval, aquí, como tendencia predominante, tuvimos un Renacimiento a la española, un Renacimiento cristiano; y mientras en Europa hubo un humanismo antropocéntrico, que ensalzó al hombre, a lo humano, como centro del mundo, entre nosotros primó un humanismo teocéntrico, empeñado en mantener a Dios, lo divino, como centro del mundo.

Y en tanto el signo de la reforma luterana y calvinista ganaba corazones y conciencias en Europa, nosotros tremolamos el pendón de la contrarreforma, a la que vinculamos nuestro corazón y nuestra conciencia nacional con un asombroso espíritu militante.

Después, en el siglo XVIII, para España un siglo de alegre ilusión europeísta, mientras por doquier ponfase de moda la Ilustración deísta, de índole naturista, levadura del espíritu revolucionario; aquí en España dio el tono la Ilustración

cristiana de signo sólo reformador, pero no revolucionario. Había entre nosotros deístas revolucionarios, casi iconoclastas, como había mentalidades anacrónicas, reaccionarias, casi cavernícolas; pero eran minorías, pues en la España del XVIII fueron los pensadores de la Ilustración cristiana, tipo Jovellanos, los que marcaron la pauta en lo que a las ideologías se refiere.

Más tarde, en el siglo XIX, el liberalismo político, dogma de fe en buena parte de Europa, tuvo en España muchos, buenos y decididos valedores. Pero no fue un liberalismo a la inglesa, sino un liberalismo a la española. Por eso aquí, al tratar de formular en una Constitución los principios fundamentales del régimen político social del Estado, cada partido político forjó "su" Constitución interpretando las necesidades de la nación a través de "su" credo, con lo que en el decurso del siglo XIX casi se sucedieron tantas Constituciones como partidos hubo en el Gobierno, pues cada partido aspiró a gobernar según "su" Constitución.

Por ello, mientras Europa occidental afrontaba la fecunda revolución industrial, que renovó las estructuras económicas de ciertas naciones, nosotros divididos en banderías derrochamos tontamente, absurdamente, nuestras energías vitales luchando a lo loco, unos contra otros, al extremo que, hacia el último cuarto del siglo, pudo ser realidad el curioso responso funerario de un poeta de la época:

"Aquí yace media España;
murió de la otra media."

LA OPERACION "EUROPA", EN LA ACTUAL COYUNTURA

metedores de su apasionada y apasionante Historia. Europa va en camino de lograr su unidad.

Surgió primero, tal día como hoy, el 5 de mayo de 1949, el Consejo de Europa; advino después, en mayo de 1950, la CECA o Comunidad Europea del Carbón y del Acero; y hace ahora diez años, en 1957, nació la Comunidad Económica Europea, llamada también Mercado Común o Pequeña Europa.

Ciertos entendidos, aves de mal agüero, apresuráronse a presagiar el fracaso de la Pequeña Europa, tachándola de engendro concebido en mala hora. Pero hoy hasta los recalcitrantes, hasta los más obcecados, empiezan a comprender que, sin duda, la Pequeña Europa es el camino que, Dios mediante, llevará a la Gran Europa.

Y España ¿qué? España ha tenido que afrontar circunstancias de todos conocidas, muy singulares. España ha sido objeto de determinadas discriminaciones. Pero nada de ello ha afectado a su vocación europeísta, porque nuestro europeísmo, aunque condicionado, es un europeísmo a prueba de discriminaciones. Por eso el Gobierno español, haciéndose eco de un sentir nacional mayoritario, solicitó en febrero de 1962 el ingreso de España en el Mercado Común.

Han pasado ya cinco años. ¿Resultados? Parece que el Mercado Común piensa brindar a España un acuerdo. Por tanto, de momento ni la integración, ni la asociación; sólo un acuerdo, cuyos términos habrá que convenir en negociaciones que sólo Dios sabe cuándo culminarán.

Acaso venga a cuento preguntarse el por qué de esa postura del Mercado Común. Hay que descartar las motivaciones de naturaleza económica, pues si Grecia

y Turquía han alcanzado el estatuto de asociadas, no parece lógico, en buena ley, discutírselo a España, cuyo nivel de desarrollo económico es superior a todas luces al de Grecia o al de Turquía. Hay que pensar en motivaciones más de orden político que de índole económica.

¿Cuáles? Al parecer, ciertos miembros del Mercado Común, donde los acuerdos se toman no por mayoría sino por unanimidad, entienden que la entrada de España en su seno vigorizaría el desarrollo económico español, con lo que, en su opinión, la actual Administración española saldría fortalecida, lo cual es precisamente lo que por motivos ideológicos no agrada a los menados miembros.

Personalmente dudo de que esos miembros lleven razón, y de que su argumentación sea correcta. Si lo que pretenden de veras es promover la apertura, la liberalización de las actuales estructuras políticas españolas, para ello el mejor camino, el más directo, es fomentar la liberalización de las estructuras económicas, ya que es axiomático en economía política que toda liberalización económica acarrea, a su tiempo, una pareja liberalización política.

Para España el mejor camino de la liberalización de las estructuras se llama Mercado Común; del mismo modo que hoy, como ayer, como siempre, el futuro de España se llama Europa. Es evidente que Europa ni resolverá por sí sola nuestros problemas ni nos sacará las castañas del fuego. También es cierto que España puede sobrevivir, como prueba su milenaria historia, con o sin el Mercado Común. Además ya es sabido que, en última instancia, el porvenir de España depende de lo que cada uno de los españoles realicemos. Así ha sido en el pasado y será en el futuro, por los siglos de los siglos, hasta la consumación de los tiempos.

Sin embargo, siendo Europa una comunidad de destino en lo universal, nosotros, europeos de España, por necesidad y por convicción, estamos obligados a promover en cuanto sea posible nuestra integración, para lo que, en esta coyuntura decisiva de la historia de Europa y del Mundo, debemos acompasar nuestra andadura al ritmo que marque Europa, pues, sin duda, la hora de Europa es la hora de España, y su destino es nuestro destino.